

4

EL SILENCIO

Por: GUILTY

El silencio hizo acto de presencia en algún momento sin que me diera cuenta. No fui consciente de él hasta hace poco, cuando el canto de los pájaros faltó a su cita en primavera. Se me hizo extraño y agucé el oído: no, no estaban allí los pájaros, ¿qué ha pasado con ellos? ¿Acaso se han quedado en un lugar menos sombrío?

Pero de pronto noté que tampoco se oía ningún otro sonido, los ruidos del día, el tictac del reloj, los grillos del jardín o el tintineo del atrapasueños. Y lo noté porque empezó a molestarme el soniquete de mis propios latidos, como si rumiaran por megafonía el ritmo de mi sangre. Fue extraño sentir ese bum bum bum en mi interior contrastando con el silencio que me rodeaba. Y tuve la sensación de que mis latidos eran más evidentes debido a la intensidad de ese silencio.

Ni siquiera logro recordar cuándo escuché algo por última vez. El aullido del viento, el rumor de la última tempestad allá a los lejos, el bramido del mar. El mar. Es sorprendente que no notase hasta entonces el silencio del mar. Es insólito este silencio. Y sin embargo no noté su presencia hasta que ya llevaba tiempo instalado en la casa, paseando su grandiosidad con corona y trono de rey por las estancias.

Llevaba conviviendo con él desde hacía tiempo en perfecta armonía, pero ahora que soy consciente de que está aquí me desagrade su compañía y hasta me asusta su intimidatoria marcialidad. Me ha llenado la casa de abismos y huecos que antes no existían. Quisiera estrujarlo con mis propias manos,

destruir su cáscara y aplastar su pulpa hasta que suelte una gota de algo, un murmullo, una voz a lo lejos desde el remoto lugar donde la vida pasa, algo.

El silencio potencia el resto de sentidos hasta causarme una inquietud difusa. Noto que me lame con su lengua pegajosa y amarga. Que se hunde en mi piel hasta dejar señales, estrías, marcas moradas y azules. Que me sopla con su aliento salado y me despierta todos esos puntos neurálgicos que parecían dormidos en el laberinto de lo insatisfactorio.

Casi puedo tocarlo. Inconscientemente alargo la mano y tanteo el aire, y siento en los dedos una textura suave y aterciopelada que se ensambla a mi propio latido. Un latido débil, desacompasado, envuelto en turbulencias y ahogos y cansancio que se balancea como un esqueleto colgado en lo alto de una noche oscura.

Me trae efluvios a verja oxidada, a la herrumbre de los días que pasan húmedos y abstractos por delante de casa. A flores marchitas, a tierra mojada, a orujo y hogueras, a recuerdos que apenas rozaban la piel de la memoria, desaparecidos entre irrealidades, ficciones, mentiras. Recuerdos de agua.

Me sabe a ceniza. A pasta de papel, a hojas de menta, a incienso y barniz. A la sequedad que deja en la lengua ese postrer intento por dejar atrás todo lo que pesa. Me sabe a renunciadas, a arrepentimiento, a sueños perdidos entre la vorágine del quiero avanzar y el ostracismo de lo perentorio. Me sabe a esa culpa que nunca ha dejado de martillar entre mis solitarios tímpanos. Me sabe a liturgia de proximidades, a desierto y pesquisas, al vértigo helado de los desencuentros.

Y hasta puedo verlo. Es casi transparente, amorfo y compacto. Lleva en su interior instantes antiguos, razones de peso y un dedo implacable que acusa

y condena. Lleva la verdad vibrante y obtusa enredada en un velo de excentricidades. Lleva esa verdad que no quiero ver. Y le doy la espalda y abro la ventana a la espera de cualquier ruido en el exterior, un ruido apagado, un tibio aguacero, un rumor de niños jugando a lo lejos. Pero el mundo calla: le da la razón.

Siento que me vence. Que le ha hecho un desgarro a mi convicción. Que me niega el exultante mundo del sonido hasta que decida soltarme la voz. Soltar las palabras que estoy escondiendo, lanzarlas al aire opresivo del lunes, abrirles un hueco en la niebla de apariencias que tan hábilmente construí. Soltar la verdad.

Estoy sentenciado. Hasta las estrellas parecen hablarme, la luz de las lámparas, la lluvia exaltada que dibuja mensajes ocultos en los cristales. Y el pulso, ese pulso exangüe que parece golpear el fluir de la sangre en código morse: "deja que el latido vuelva a su lugar".

Ya no tengo excusas que darle al destino. Ya solo me queda confesar, aceptar que el tiempo ha jugado limpio, confiar en que tengo posibilidad de indulto. Y salgo a la calle siguiendo el camino que los pies me trazan hacia la comisaría en busca de las campanadas de la redención.